SEGUID SU EJEMPLO

Capitán de Fragata (r)
Luis Felipe Villena G.

Nacido al borde del mar, intuyó quizas que el océano sería el segundo hogar en su existencia. Separado tempranamente de su madre, quien, muy brevemente, lo meció en sus brazos, ya de niño y de adolescente incursionó en el mar, acompañado por el vaivén de ese oleaje que reemplazó al dulce e igualmente oscilante de las manos maternas en la cuna que lo vió nacer.

Y fueron los escenarios marinos donde se hizo autodidacta no sólo para templar su vida e iniciarse como un extraordinario profesional sino también para reflexionar sobre la superación de sus carencias familiares por la falta de calor hogareño del que muy poco gozó.

Intercalando sus periodos de embarque, en naves mercantes de diferentes banderas con sus estadías en la patria, fue mudo testigo de los años trágicos de dictaduras, pronunciamientos y de la fracasada Confederación Perúano-Boliviana, acontecimientos que a la vez que comenzaba a moldearlo como guerrero le despertaban también la vocación de promover la necesaria paz nacional e internacional, lo que efectivamente testimonió hasta el último día de su vida.

Cuando, ya oficial de la Armanda, a pesar de su juventud, reunió en él, además de sus otras dotes, un profundo sentido del deber para la cautela de los superiores intereses de la nación, tanto dentro como fuera del servicio naval, condición esta última que tuvo, a veces, que arrostrar en aras de sus más caras convicciones, ya fuese por la dignidades de la seguridad nacional, la estabilidad constitucional del país y la defensa de

la democracia. Si a ello se agrega su devoción católica, expresada también en el tierno sentido de la unión conyugal y de la unidad de su entorno familiar se entenderá muy cabalmente los admirables perfiles de este tan célebre personaje peruano.

Dentro de su singular modestia y humildad, y ante innumerables halagos que a mérito de sus triunfos él hubiese querido eludir, dijo muchas veces que él no era sino "un pobre marino que trata de servir a su patria". ¡"Un pobre marino" que, encumbrado como Almirante, renunció a su ascenso para morir en combate en la nave con la cual estaba totalmente identificado"!.

Y tan fue así que el 8 de Octubre de 1879, su buque, el monitor HUASCAR, cual si fuese su sarcófago dotado de cañones, en Punta Angamos se enfrentó a sus adversarios chilenos, superiores en número, falleciendo en el puente de mando volado en mil pedazos como quien ha deseado autoincinerarse y distribuir, para su patria y para la humanidad, las porciones de su cuerpo, ya desmenbrado, cual carísimas reliquias que un hombre puede ofrecer en herencia como ejemplo del cumplimiento con Dios y con la Patria, por quien daba a la humanidad el raro ejemplo de combatir con ambas manos a la vez que con el cerebro y el corazón humanizaba la guerra.

El Perú tiene el deber de acicalar permanentemente la biografía de este ciudadano como quien jamás ha de terminar el engaste de una bellísima joya en la que el orfebre va descubriendo que la alhaja merece, una y otra vez, un más hermoso marco que el anteriror.

¿Habrá en el Perú tántos y tántos historiadores y ciudadanos que asuman esa labor hasta develar completamente las dimensiones de los valores de este insigne peruano, de modo que el mundo quede ampliamente informado de lo que fue don MIGUEL GRAU SEMINARIO, el Gran Almirante del Perú?